

El caso del restorán

Luis Felipe Muñoz Yusti

Image not found.

Capítulo 1

Este entretenido y por demás verídico chascarrillo sobrevínole a una mozuela cuyo oficio era el de servir comida en un restorán más bien antihigiénico, pero lleno de exquisiteces a tan bajo costo que podría perdonársele incluso uno que otro cabello en la sopa y una que otra pata de cucaracha en el fréjol.

Los nombres de los personajes serán ocultados como es menester y tornados en otros nombres con el fin de no herir la dignidad de los protagonistas de tan jocosa historia.

Eufliponia, una langaruta de tetas escurridas y aspecto desgarbado, pasaba un día común, sin sobresaltos en su laburo como mesera en un cuchitril al que llamaremos "Le Restaurant de Ratatouille". Los clientes frecuentes de dicha pocilga eran por demás seres de aspecto desagradable y aromas penetrantes, entre los que se contaban toda suerte de cacos, fursias, pelanduzcas, cuatrerros, forajidos y filibusteros dispuestos a pagar no más de Dos lucas por plato completo.

Uno de los ilustres comensales era Gonofredo, un regordete de más de 150 kilos quien por costumbre tenía comprar tres almuerzos completos para sí, y al que se le conocía cariñosamente como "Lechón de feria". Gonofredo andaba siempre amangualado con el mejor de sus amigos, Cleobulo, un jíbaro cojineto, conocido en el bajo mundo como el Highlander (Porque no podía estirar la pata).

Aquel día como era costumbre el marranete pidió la exagerada porción, que Eufliponia menesterosa llevo hasta su mesa, por su lado el cojineto que andaba mal de la panzorria y que en la mañana había estado desaguándose por entrambos canales, quiso curarse en salud y decidió no probar bocado a aquella hora.

Comenzó el desaforado Gonofredo a engullirse la tragantiña como choto desquiciado, mientras de la comisura de su hocico chorreaba la manteca de sus manjares. De pronto un sonido seco en su gatzate alerto al cojineto quien mirolo con ojos desorbitados haciendo señas de un atascamiento en su guargüero. El desdichado lechón caía despaldas al suelo mientras el aire se hacía cada vez más escaso en su redonda humanidad. El cojo viendo a su camarada pasar por semejante peripecia trató de levantarlo, mas fue en vano, y mejor que no lo hubiese intentado, ya que el colosal esfuerzo le apretó la tripa sacándole una ventosidad calduda que le chorreó el calzón.

Haciendo caso omiso a su propia tragedia el cojineto Cleobulo llamo

desesperado a la mozueta:

¡¡AGUA, AGUA, QUE SE ATRANCA EL GORDO!!

Eufliponia poniéndose las patas en la nuca llegó en un dos por tres hasta el lugar de tan fatídico suceso y justo cuando trataba junto al cagado de embutirle el líquido al chanchete por la trompa, este último desde su lecho de atrancamiento, tomole por el brazo y díjole, con un graznido moribundo:

¡¡AGUA NO!! ¡¡CALDITO!!